

Informaciones

Acontecimientos

Efemérides filosóficas de 2022

- 322 (a.C.) Muere Aristóteles.
222 Mueren Bardesano de Endesa y Tertuliano.
1022 Muere Nokter Lamberto.
1322 Muere Pedro Aureolo.
1522 Mueren Elio Antonio de Nebrija y Johannes Reuchlin.
1622 Nace Johannes Clauberg.
1722 Muere John Toland.
Nace Gregori Skovoroda.
1822 Nacen Jakob Moleschott y Albrecht Ritschl.
1922 Mueren Georges Sorel, Alfred Espinas, Georg Runze y Gerardus Bolland.
Nacen Carlos Castilla del Pino, Michel Henry, Thomas S. Kuhn, Imre Lakatos, Fernando Montero Moliner y Luis Villoro.
Heidegger profesor en Marburgo.
M. Weber: *Economía y sociedad*.
Husserl: Conferencias de Londres.
O. Spengler: *La decadencia de Occidente*.
T.S. Eliot: *La tierra baldía*.
J. Joyce: *Ulises*.
Edith Stein: *Contribuciones para una fundamentación filosófica de la psicología y las ciencias del espíritu*.
Ernst Troeltsch: *El historicismo y sus problemas*.
Lucien Levy-Bruhl: *La mentalidad primitiva*.
Unamuno: *Andanzas y visiones españolas*.
D'Ors: *Tres horas en el Museo del Prado*.

Ignacio Quintanilla Navarro

Retorno al compromiso ético.
Saturnino Álvarez Turienzo *in memoriam*

«El compromiso ético es una dimensión que recorre toda la órbita de lo humano. El hombre es sujeto moral a todo lo ancho de su ser hombre»

(Saturnino Álvarez Turienzo,
Nominalismo y comunidad, p. 124)

Conocí al profesor Saturnino Álvarez Turienzo, O.S.A., en los años de la transición a la democracia (1976-1984) en que cursé la licenciatura y el doctorado en Filosofía en la Universidad Pontificia de Salamanca. Estaba entonces Saturnino en su plenitud intelectual, era además el catedrático de Filosofía Práctica, decano de la Facultad de Filosofía de esa Universidad y director de la revista *Cuadernos Salmantinos de Filosofía*, que él mismo había fundado en 1974. Sus disciplinas filosóficas eran la Antropología y sobre todo la Ética; leía latín, alemán, inglés, francés y portugués. Su persona era afable y elegante, de conversación aguda, no exenta de ironía; sus clases eran brillantes, planteaba cuestiones actuales y las desarrollaba en diálogo con la tradición filosófica, con representantes de las corrientes contemporáneas, y con teóricos de las ciencias naturales y sociales, que habían influido en la antropología y en la ética. Recuerdo que además de las clases y su correspondiente examen, teníamos que reseñar tres libros de ética a lo largo del curso, que en mi caso fueron: *La filosofía moral contemporánea*, de W. D. Hudson (Madrid, Alianza, 1974); *Moral y nueva cultura*, de X. Rubert de Ventós (Madrid, Alianza, 1971), y *El azar y la necesidad*, de Jacques Monod (Barcelona, Barral, 1971).

En aquella Facultad de Filosofía, además del decano, otros tres profesores atrajeron con fuerza mi atención. Ante todo, un profundo profesor de Metafísica, Mariano Álvarez Gómez, que me ayudó a introducirme en la *Fenomenología del espíritu* de G. W. F. Hegel; un competente profesor de historia de la filosofía moderna y contemporánea, Antonio Pintor Ramos, que nos hablaba también de la filosofía de Zubiri; y un solvente profesor de lógica, singular historiador de esta disciplina en España, Vicente Muñoz Delgado, que nos introdujo en la lógica de primer orden. Pero me decidí a hacer la tesina de licenciatura con Álvarez Turienzo, que dirigió mi trabajo con cuestiones y sugerencias sobre lo que iba escribiendo y comentando. No estoy seguro de si fue suya o mía la idea de titularla *Una clave*

epistemológica para la lectura de Nietzsche (1980), pero sí recuerdo que mi clave epistemológica, J. Habermas, fue sugerencia suya, como también lo fueron las de utilizar a E. Fink, G. Deleuze, P. Klossowsky, entre otros.

Terminada la licenciatura, decidí doctorarme en filosofía y que fuera Saturnino el director de mi tesis, pero no tenía claro ni el tema, ni la manera de financiarme. Le escribí pidiendo orientación, y su ayuda fue determinante. No sólo me dirigió hacia la filosofía española, sino que me facilitó los materiales para empezar el estudio de la filosofía de Diego de Zúñiga, O.S.A.; además, su apoyo fue decisivo para que el Ministerio me concediera una beca de investigación de cuatro años de duración, en los que pude desarrollar mi tesis, *La enciclopedia filosófica de Diego de Zúñiga* (1984). En la dirección del trabajo, Saturnino procedió, como lo había hecho en la preparación de la tesina, motivando e impulsando mi escritura con cuestiones y sugerencias; y con esta guía me fui introduciendo en la filosofía española del siglo de Oro, en particular en la de ese agustino reformador de los estudios de artes. Entonces tuve oportunidad de conocer sus excelentes escritos sobre Fray Luis de León que me ayudaron también a comprender la controvertida figura de Zúñiga y su obra.

Yo no estaba siempre a la altura de las sugerencias de Saturnino, que se actualizaba de continuo. Recuerdo que mientras contextualizaba la lógica de Zúñiga, sobre la base de los excelentes trabajos de Muñoz Delgado sobre la lógica en la España del Renacimiento y del Barroco, me propuso utilizar la teoría de la argumentación de Chaïm Perelman. Las posibilidades de esta referencia no las comprendí hasta los años noventa, cuanto tuve la suerte de conocer al otro gran historiador de la lógica en España en las últimas décadas, Luis Vega Reñón. Varias tesis doctorales, además de la mía, dirigió el catedrático Álvarez Turienzo. Mencionaré *El pensamiento ético-político de Aranguren en su aspecto evolutivo* (1985), del hoy catedrático de Ética de la Universidad de Salamanca Enrique Bonete Perales; y *El pensamiento político del maestro Juan Márquez (1565-1621)* (1995), del profesor de Derecho Eclesiástico del Estado en la Universidad Complutense de Madrid Francisco J. López de Goicoechea Zabala.

En 1983, la editorial salmantina Sígueme publicó el libro *El hombre y su soledad. Una introducción a la ética*, que tuvo cierta repercusión, y que me encargaron recensionar para la *Revista Agustiniana*. No era éste un tratado sistemático, sino una recopilación de escritos y notas sobre un tema, «Persona y soledad», en el que venía trabajando Saturnino desde los años sesenta. Sobre todo, ese libro

era su antropología filosófica, que concebía al hombre como sujeto ético en la ciudad temporal, y en la que se manifestaba el tremendo impacto que supuso el tardofranquismo y la transición a la democracia para él, que había sido Definidor provincial en la Orden de San Agustín (1958-1961), y Prior del Monasterio de El Escorial (1964-1967). Su antropología del hombre en la ciudad de Dios, es decir, la concepción agustiniana de la persona y de la comunidad, pensada como *ordo amoris* por participación del Bien divino, que había expresado de manera rotunda en su *Nominalismo y comunidad* (Real Colegio Universitario María Cristina de El Escorial, 1961), o en su tesis doctoral, *San Agustín y el concepto de persona* (1968), chocó con el desorden ético y religioso de las democracias capitalistas y con su raíz, el individualismo egoísta, hasta el extremo de concluir que la persona o sujeto ético en esas sociedades es *ultima solitudo*. La persona en democracia sólo puede consistir en una voluntad solitaria de *petit dieu*, que constituye al hombre como agente libre, moral, capaz de la acción, y no mera marioneta de los acontecimientos; pero mero individuo personal incapaz de fundar un orden ético democrático en el que superar su soledad. Hoy caigo en la cuenta de que esta antropología me influyó entonces personal e intelectualmente, pese al antídoto hegeliano recibido de Mariano Álvarez. Desde ella interpreté años más tarde, sin ser muy consciente de ello, la condición de las dos generaciones que transformaron la institución filosófica española en los años 70 y 80, el grupo de Profesores de Postguerra, al que perteneció el propio Saturnino, y la generación de Jóvenes Filósofos, que dominó la escena filosófica a partir de la Ley de Reforma Universitaria. También influyó en mi interpretación de *El hombre y Dios* (1984), de Zubiri, como un ontologismo producto del déficit de filosofía del espíritu o, si se quiere, de ciencias del hombre en ese gran filósofo español.

También en 1983, la revista de la facultad, *Cuadernos Salmantinos de Filosofía*, a instancia de su director, publicó un monográfico sobre José Ortega y Gasset, conmemorativo del centenario de su nacimiento. En la presentación del volumen, Saturnino se preguntaba si podíamos establecer un paralelismo entre lo que fue Descartes para la filosofía francesa o lo que fue Kant para la filosofía alemana, y lo que podía ser Ortega para el pensamiento español contemporáneo; y sin decidir el tema, se pronunciaba sobre lo esencial que era su obra en la construcción de la historia del pensamiento español contemporáneo y sobre lo que habríamos de buscar en la misma, es decir: «...el estilo de Ortega, la manera orteguiana de acercarse a las cosas...», con

lo que tendríamos abierto el camino para entrar en contacto con algo parecido a lo que nuestro autor denomina “la primaria sustancia de la raza, el módulo hispánico”, una manera de entrar con firme paso por el camino de la cultura y asistir a ella allí donde en cada sazón se dan sus batallas» (*Cuadernos Salmantinos de Filosofía* 10 [1983], p. 11).

Desde entonces, antes de asentarme en el punto axial hegeliano de las presentes virtualidades de futuro, y para calcularlo en mi trabajo como historiador de la filosofía española, siempre he cruzado la perspectiva de Menéndez Pelayo, que desde el pasado miraba a nuestro futuro, con la de Ortega y Gasset, que desde el futuro miraba a nuestro pasado.

Le debo a Saturnino el aprecio por la historia de la filosofía española, los primeros pasos en su estudio, y el contacto con los maestros y con las sociedades y grupos que fueron construyendo ese campo de investigación desde los años ochenta. Recuerdo que me presentó a Antonio Heredia Soriano, fundador y director del salmantino Seminario de Historia de la Filosofía Española e Iberoamericana, quien me invitó a participar en el IV Seminario de 1984; desde entonces he frecuentado ese seminario bianual hasta sus últimas ediciones. Por esta vía entré a formar parte de la Asociación de Hispanismo Filosófico desde su origen en el VI Seminario de Salamanca, fundada por José Luis Abellán, Diego Núñez, Antonio Heredia, Alain Guy, entre otros.

Gracias al apoyo de Saturnino –también de Mariano Álvarez y Pintor Ramos–, recibí una beca de Formación del Personal Investigador en el Extranjero, que me permitió estudiar durante dos años (1986-1988) fuentes fenomenológicas (Husserl, Scheler, Heidegger) del pensamiento de Ortega y Gasset en Würzburg con el catedrático Alfred Schopf. Entonces visitaba a Saturnino en el Colegio de los Agustinos de Salamanca durante las vacaciones de verano, y tenía ocasión de conversar con él sobre los avances de mi investigación.

En el Seminario de Salamanca pude encontrarme con Saturnino, que lo frecuentaba, cuando ya había terminado mi formación y desarrollaba mi actividad docente en Santander. Fue por mediación suya como Juan Cruz Cruz me encargó preparar la edición castellana de la *Metafísica* (EUNSA, 2008) y de la *Física* (EUNSA, 2009) de Diego de Zúñiga, para la Colección de Pensamiento Medieval y Renacentista. Con gusto hice estos trabajos en su nombre, como también la monografía de Diego de Zúñiga que saldrá próximamente a él dedicada.

Saturnino Álvarez Turienzo (La Mata de Monteagudo, León 1920 - Salamanca 2021) fue un verdadero maestro que introducía a sus

discípulos en la filosofía, desde luego lo fue para mí, y muy querido. En su honor repito: *Semper sint in flore!*

Gerardo Bolado Ochoa
Universidad de Cantabria

Breve nota en recuerdo de Andrés Ortiz-Osés

Ya no volveremos a encontrarnos entre las páginas de esta revista con la peculiar escritura de Andrés Ortiz-Osés. Es una pena. Una enfermedad despiadada ha entorpecido los últimos años de su vida, pero no ha conseguido doblegar su pasión por la escritura, una pasión comparable a la que experimenta su tierra natal aragonesa, en Tardienta, en medio del desierto de los Monegros, por el agua. Aforismos, poemas y artículos breves han seguido fluyendo entre sus dedos a pesar de la quimioterapia, que aunque abrasaba sus entrañas, no quitaba ni un ápice de agudeza a su ingenio lingüístico, siempre atento para perseguir y articular las vicisitudes del sentido que trascurren por los laberintos del sinsentido de la existencia. La escritura era el órgano que le permitía a Andrés saciar su necesidad de interpretar el sentido de la vida, un sentido siempre esquivo y a punto de ocultarse. Su escritura proponía la interpretación del sentido asumiendo críticamente el sinsentido, sin pretender ni engañarse ni negarlo: relativizándolo con un toque humorístico, humanizándolo y, así, humanizándonos al ayudarnos a comprender lo que nos estaba pasando.

Andrés Ortiz-Osés era un escritor permanente y un lector insaciable que ejerció como profesor de filosofía en la Universidad de Deusto desde mediados de los años setenta del pasado siglo. Fue un vitoriano que había investigado en Alemania, José Manzana, quien supo ver la importancia y el alcance de lo que su hermenéutica simbólica articulaba, y le ofreció amistad, acogida y apoyo para entrar en la Universidad Deusto. También le apoyó entonces el bilbaíno José Luis López Aranguren, prologando algunas de sus primeras obras, y el escultor Jorge Oteiza, cuyo fuerte temperamento congeniaba bien con el del monegrino.

En 1973 Ortiz-Osés publicó su primer libro, titulado *Antropología hermenéutica. Para una filosofía del lenguaje del hombre actual* (Aguilera) en el que desarrolla y aplica el modelo hermenéutico de Gadamer y su concepción de la realidad como lenguaje. Aquí el

lenguaje comparece como «protointerpretación de hombre y mundo al encuentro» y el ser humano como «animal hermenéutico o lingüístico». La antropología resulta ser, pues, antropología hermenéutica, «una filosofía del lenguaje del ser humano»: un lenguaje filosófico que intenta dar cuenta de nuestros lenguajes, con los que decimos cómo somos y cómo (nos) es la realidad. Esa concepción, que presentó ya en dicho libro de 1973, es la que siguió desarrollando en los más de cincuenta libros que ha publicado, conteniendo sobre todo ensayos, pero también miles de aforismos y bastantes poemas. En todos ellos se acentúa especialmente la dimensión simbólica del ser humano, este ser que se constituye mediante la interpretación, y de las culturas que ha ido tejiendo a lo largo de los tiempos para que le sirvan de morada y de cobijo (aunque también pueden convertirse en jaulas o prisiones, en dogmas y burocracias).

Como alumno suyo que fui en la Universidad de Deusto, puedo dar testimonio del enorme impacto que provocaba entre los que asistíamos a sus clases. Yo creo que ese impacto se debía a que no era solo profesor, sino un profesor que hacía y vivía en clase la filosofía, una filosofía que era además *su* filosofía. Había también en aquella época otros buenos profesores en la Facultad de Filosofía, pero ninguno conseguía compartir, hacer sentir y contagiar una relación apasionada con la sabiduría como él lo hacía. Es en eso, según creo, en lo que consiste la filosofía: en esa relación de amistad, de permanente búsqueda, de deseo insaciable de una sabiduría nunca poseída, cerrada o alcanzada, de una sabiduría siempre libre, que por serlo hace posible la búsqueda de nuestra propia libertad. Pues que la Sabiduría (*Sophia* la llamaban los griegos, *Jojmá* los hebreos) ama la libertad y necesita que seamos libres para poder serlo ella.

En aquella época de la transición a la democracia, Andrés Ortiz-Osés comenzaba a difundir en España la filosofía hermenéutica que había estudiado en Innsbruck con E. Coreth al realizar su doctorado, mediando con Gadamer para traducir *Verdad y método* al español en la editorial Sígueme. Por aquellos tiempos, Andrés estaba asentando, además, las bases de su propia hermenéutica simbólica a medida que la iba aplicando a la interpretación de la cultura vasca, en particular a su mitología, sonsacando su carácter matricial o matriarcal. Algo parecido hizo también posteriormente al estudiar la identidad cultural aragonesa, que él ve articulándose en torno al simbolismo del Pilar de Zaragoza, asimismo matricial, según su interpretación simbólico-antropológica. Pese a esa insistencia en la importancia del trasfondo matriarcal, y en su defensa, Ortiz-Osés acaba propugnando un fratriarcalismo, una mediación,

diálogo o coimplicación de lo matriarcal y lo patriarcal (y, en general, de todos los pares de opuestos): un encuentro o una coincidencia que quedaría simbolizada tanto por la figura pagana de Hermes y como por la cristiana de Jesús (y que encuentra una de sus mejores expresiones en la palabra «sentido», que Ortiz-Osés distingue de la palabra «verdad»).

Y es que el sentido ha sido un tema recurrente a lo largo de toda la obra de Ortiz-Osés: es el hilo conductor de su filosofía, de su aforística y también de su poética. Con ese hilo pretende coser el desgarrón de nuestra cultura occidental, así como sanar o sanear la herida constitutiva de nuestra vida. Se trata de un desgarrón que separa el luminoso cielo de las ideas o las esencias inmutables y la tierra oscura, donde prolifera la existencia junto al abismo del absurdo y el sinsentido.

La verdad se alía, clásicamente, con la razón más pura, y al no ser capaz de pensar con su rigor el desorden que se representa en la vida, hace como si no existiera, como si pudiera imponerse sobre él. El sentido, por el contrario, necesita del suelo de la existencia, de la vida, para poder irse dando en el juego de la interpretación como un acontecimiento que no excluye el sinsentido, sino que pretende asumirlo, re-conocerlo y articularlo, mejor o peor, según los casos. En el sentido la verdad se humaniza al encontrarse con el sinsentido, con la muerte y la locura. Y es que, como dice nuestro autor, «el loco que reconoce su locura está cuerdo», mientras que el cuerdo que no reconoce su locura estaría loco.

En la filosofía ortiz-osesiana la sede del sentido es el corazón que late entre el arriba de la razón, del espíritu, de la cabeza, y el abajo donde bulle la vida, las entrañas. Por eso, una filosofía que persigue el sentido apoyándose no sólo en el ensayo sino también en el conocimiento poético y en la aforística, como es la de Ortiz-Osés, es una filosofía «con alma», una hermenéutica que abre la realidad, literal, histórica, física, a un horizonte simbólico. Con Federico García Lorca podríamos decir que la hermenéutica simbólica de Ortiz-Osés es una filosofía que tiene *duende*, ya que se inspira poéticamente en la proximidad entre el amor y la muerte (cabe recordar aquí la palabra *amors*, que Andrés acuñó haciendo un juego que reunía esas dos realidades). Por eso, para acabar ya esta breve nota, me gustaría proponer que esta filosofía con alma se podría ver también, con Antonio Machado, como un «conocimiento cordial» que, además, invita a un co-nacimiento.

Luis Garagalza
Departamento de Filosofía
Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea